BREVÍSIMO APUNTE SOBRE EL AMBILINGÜISMO Y LAS LENGUAS CONDICIONADAS

RAFAEL DEL MORAL
Liceo Francés de Madrid

Las lenguas son instrumentos de comunicación que se sirven de los órganos articulatorios (cavidad bucal, labios, lengua…) para producir sonidos; del oído para recogerlos, y del cerebro para interpretarlos. Las lenguas se reciben con el patrimonio de la herencia genética. Son un legado social, natural e innato. Si los progenitores pertenecen a dos lenguas, los descendientes aprenden ambas, e imitan modos, movimientos, formas… Si el recién llegado al mundo necesita alguna lengua más, la aprende sin esfuerzo, tantas cuantas sean precisas. Las lenguas son tan naturales en el aprendizaje como necesarias en el uso. La quiebra de alguno de estos dos principios, afecta al acomodo personal de la lengua.

Las lenguas aprendidas en los centros de enseñanza ni son naturales ni son, en teoría, necesarias, al menos de manera absoluta. Ni tampoco es natural, ni útil, dedicar solo dos o tres horas a la semana.

El mejor aprendizaje de lenguas, no cabe duda, es el recibido en la herencia familiar. En ese legado resulta tan llano como suave asimilar el chino, el polaco, el araucano, el navajo o el suajili. Ninguna dificultad.

A los dos años, a los tres, los órganos articulatorios reproducen con exactitud lo que recoge el oído. Esta habilidad congénita, esa destreza para la repetición, esa extraordinaria capacidad para trasladar con precisión los sonidos percibidos a los órganos articulatorios, se muestra perezosa con la edad, huidiza, confusa y torpe. A los cinco años es mimética. El aprendizaje se desliza sin obstáculos, fluye, se ensancha y se desarrolla como el crecimiento de una planta, como la evolución de un amanecer. Hasta los quince se conserva en buen estado. A los veinticuatro, según estudios científicos, ya ha desaparecido, o está a punto de hacerlo. Pasada esta edad, la capacidad auditiva, la habilidad espontánea, la destreza para la identificación acústica va cristalizando, y es sustituida por el acento, el deje, la pronunciación errada y la dificultad para trasladar mecánicamente lo que oye el oído a una articulación que lo imite. La naturaleza no considera necesario prolon-

garla. El hablante puede desear aprender otra lengua, y también intentarlo, pero dos exigencias lo condicionan: la espontaneidad biológica y la fineza auditiva. Los veinticuatro años son el límite. Se pueden estudiar lenguas a partir de esta edad, claro que sí, sobre todo con la intención de entenderlas, de leerlas, y mucho menos de desarrollar la capacidad auditiva o locutora. Sin naturalidad no se aprenden bien; sin necesidad cuesta retener los códigos lingüísticos; sin uso, el aprendizaje languidece en pocos días y pronto se esfuma. La memoria, todos lo sabemos, no está preparada para retener lo innecesario.

Con estos dos principios, naturalidad o espontaneidad por una parte y obligación o necesidad por otra, el aprendizaje real de una lengua queda restringido a la herencia familiar o geopolítica.

Así observadas, las lenguas son instrumentos íntimamente ligados al individuo, dimensiones de su propia identidad, aspectos de su personalidad.

Hasta tres tipos de hablantes distingo según los instrumentos de comunicación que necesitan para cubrir sus necesidades: los monolingües, los ambilingües y los plurilingües.

El hablante monolingüe solo habla y entiende una lengua, la propia, la materna. Casi todas las lenguas del mundo cuentan, en mayor o menor medida, con hablantes monolingües. Los más monolingües del planeta son los anglófonos. Reciben el inglés en el legado genético y se sirven de él para todas las necesidades comunicativas, incluidas las culturales y las vecinales. No echan de menos conocer otra lengua porque son pocas las veces que se topan con la necesidad. Lo frecuente es que sean los otros los que se expresen o intenten hacerlo en la lengua del hablante monolingüe. También son o pueden serlo quienes reciben al francés en el seno familiar, o el italiano, o el ruso, o el chino. Menos posibilidades de monolingüismo tienen los hablantes de danés, o de noruego. Y ninguna los hablantes de lenguas como el suletino o el labortano, variedades vascas en el sur de Francia. No pueden contar con hablantes monolingües, es decir, con habitantes que hablen solo suletino o solo labortano; y si los hubiere, se encontrarían impedidos en sus necesidades comunicativas.

El hablante ambilingüe necesita dos lenguas para cubrir sus necesidades, y usar ambas con igual destreza. El usuario ambilingüe maneja una lengua familiar y otra geopolítica. A la materna añade la de la calle, la social, como instrumento imprescindible para el desarrollo cultural. Ambas son necesarias en los usos cotidianos. Los hablantes ambilingües son muy frecuentes en todo el planeta. Solo en Europa los encontramos en unas cuarenta comunidades. En España son ambilingües los hispano-gallegos, los hispano-asturianos, los hispano-vascos, los hispano-catalanes y los hispano-valencianos, pero no todos. Muchos de ellos son monolingües en español, y con mucha menos frecuencia, en gallego, asturiano, vasco,

catalán o valenciano. En Francia al menos cinco comunidades ambilingües, entre ellas los franco-catalanes, los franco-bretones, los franco-alsacianos, los franco-provenzales; en Italia unas diez, al igual que en Rusia.

Otro caso de hablante ambilingüe es el que recibe dos lenguas en el seno familiar, una de cada progenitor.

El hablante plurilingüe necesita varias lenguas para satisfacer sus necesidades comunicativas. En África central los hablantes utilizan con naturalidad y sin esfuerzo específico la lengua de la tribu, la de la ciudad, la geopolítica y, si viene al caso, la comercial. Sus tres o cuatro instrumentos de comunicación son necesarios en el desarrollo de la vida diaria, y utilizados sin escrúpulos, sin esa continua revisión que hacemos los europeos en cuanto nos distanciamos de las normas académicas. Como instrumentos de comunicación son eficaces, sin más remilgos, en la medida en que sirven para el entendimiento.

Les recordaré a muchos de los que oyen esta conferencia, porque lo vivimos juntos, que nos encontramos con un ejemplo de hablantes plurilingües en nuestro coloquio de Taskent. Allí, los ciudadanos uzbecos de Samarcanda hablan tayico como lengua materna, uzbeco como lengua nacional y ruso para la ampliación cultural. Las tres se instalan en los maracandeses antes de los siete años, sin esfuerzo, sin clases, sin gramática y sin más método que oír-repetir.

Monolingües, ambilingües y plurilingües disponen de sus lenguas con gran naturalidad. Los hablantes de sueco son ambilingües con el inglés, porque es el instrumento que usan en la transmisión cultural universitaria. Los hijos del antiguo presidente de la Generalitat de Cataluña, José Montilla, natural de Córdoba, son ambilingües con el alemán, porque al castellano hablado en familia añadieron la lengua en que hicieron sus estudios en la propia Barcelona, en el Liceo Alemán. Los hijos de un matrimonio entre española y holandés son ambilingües, pero si viven en Londres han de ser plurilingües. En cualquier caso los aprendizajes son tan automáticos como útiles.

Cuando el aprendizaje de una lengua se realiza mediante un esfuerzo que exige horas de clases, memorización, conversaciones artificiales y otras prácticas y esas lenguas carecen de interés y de objetivos, ya no hablamos de naturalidad, sino de trabajo, de desvelos, de impulsos. Un método de aprendizaje, el Assimil, titula su colección con una coletilla: *sin esfuerzo*. *Polski bez trudu*: polaco sin esfuerzo… ¿A quién pretenden engañar? Es imposible aprender una lengua sin esfuerzo fuera del ámbito de las naturalmente necesarias. A quienes añaden una lengua a la propia mediante el esforzado aprendizaje escolar los llamamos bilingües; y si añaden más de una políglotas. Este añadido no cuenta ni con la naturalidad necesaria, pues la lengua se aprende mediante artificios, ni con la necesidad, pues suelen imponerse o elegirse sin planificación y como materia obligatoria.

Hasta aquí un breve apunte sobre la condición sociolingüística de los hablantes.

Observemos ahora la misma realidad según la condición de las lenguas, su desarrollo, su necesario contacto con otras. Distinguimos con este punto de vista dos tipos, las independientes y las condicionadas.

Son lenguas independientes aquellas que frecuentan el monolingüismo, es decir, las que pertenecen a hablantes esencialmente monolingües.

Son lenguas condicionadas aquellas que aparecen únicamente en hablantes ambilingües o plurilingües.

Decíamos que los anglófonos son mayoritariamente monolingües, pero también los hispanófonos y los francófonos. Podemos decir que el inglés, el español y el francés son lenguas autosuficientes o lenguas que en boca de hablantes monolingües sirven para todas las necesidades comunicativas. Las llamaremos lenguas independientes.

Nos reprochan con frecuencia a los españoles no conocer más lengua que la nuestra. ¿Por qué no conocemos otras o las conocemos poco, o no terminamos nunca de aprenderlas? La respuesta es sencilla. Porque no las necesitamos. Por eso hacemos chistes acerca del conocimiento de lenguas extranjeras. Los españoles tenemos en inglés un nivel intermedio que dura toda la vida. Incluso quienes hacen un curso intensivo en países anglófonos acaban con el nivel intermedio, el B1 o el B2 según las discutidas normas del marco común europeo. Esa es exactamente la necesidad de conocimientos que necesitamos los hablantes de español. Disponemos de una lengua que satisface ampliamente nuestras necesidades y no necesitamos otra. A un amigo mío que trabajaba en una multinacional le pregunté por las actividades que tenía la intención de desarrollar ahora que iba a jubilarse, y me contestó: *¿quieres que te diga lo mejor? Al fin voy a dejar de estudiar inglés.*

Hay lenguas exclusivamente frecuentadas por hablantes ambilingües como el catalán, el alsaciano, el tártaro, o el calabrés. Las llamaremos lenguas condicionadas porque no cuentan con hablantes monolingües, y si aparece alguno, debemos considerarlo una excepción. Doblemente condicionadas están otras que dependen de dos más como el aranés del Valle de Arán, en medio del dominio del catalán, lengua autonómica, y del castellano, lengua nacional.

Los vendedores centroafricanos de bolsos y baratijas en las playas conocen tres o cuatro lenguas además de chapurrear castellano. Son las de sus tribus, de sus ciudades y las de desarrollo cultural, generalmente el francés o el inglés. No solemos concederles un especial privilegio cultural por su calidad de plurilingües. En su patrimonio, casi siempre un conocimiento de una lengua africana comercial, el

suajili, que cuenta con muy pocos hablantes de lengua materna, tal vez unos cuatro millones, y muchos más, hasta sesenta o setenta, la utilizan como tercera o cuarta lengua para las transacciones mercantiles.

Hasta aquí una breve la categorización social de las lenguas.

¿Y qué hacemos con las estudiadas por obligación? ¿Y qué con las que anhelamos aprender? ¿Cuáles elegimos cuando los planes de estudio nos obligan a hacerlo?

Revisemos algunas creencias aún a riesgo de herir ideas arraigadas.

No parece eficaz, aunque se mantenga, ese tipo de enseñanza de tres o cuatro horas semanales que cuentan exclusivamente con la motivación del aprobado. Ni se aprenden las lenguas en su forma natural ni se estudia lo que se necesita. Para muchos escolares las clases y exámenes de lengua extranjera no son más que una traba inútil en su currículo. Me gusta interrogar a estudiantes franceses o españoles por la lengua extranjera aprendida al final de sus estudios de bachillerato. ¡Lástima de tiempo malgastado…!

Lo que parece del todo inadecuado es la imposición de las lenguas. Ningún estado tiene potestad, y esto es un principio elemental, para imponerlas. Cuando lo ha hecho, ha fracasado. Los que suelen hacer los gobernantes con sentido común es elegir como oficial la lengua más extendida entre los administrados, que es la herramienta más útil para entenderse. Pero hay gobernantes, lo sabemos, que prefieren el odio a la utilidad, y se instalan en la lengua menos práctica. Desde la revolución francesa un criterio unificador pretendía acabar con las lenguas regionales. En algunos colegios de Bretaña había, según parece, carteles que decían: *Prohibido escupir y hablar Bretón.* No sirvió. Tampoco sirven las consignas que en Cataluña prohíben a los estudiantes más jóvenes hablar castellano en el recreo. Es sabido que en cuanto atraviesan la adolescencia el español se instala entre ellos como lengua habitual.

La vida de las lenguas se nutre en las familias. Un reciente censo sobre el uso del vasco amplía su número de hablantes, pero disminuye el porcentaje de familias que lo transmiten. Era de aproximadamente el veinte por ciento de la población hace unos treinta años, y ha pasado al diecinueve. Las posibilidades de sobrevivir han disminuido porcentualmente en un punto. El inflamiento de vascófonos es tan artificial que el menor descuido en las inversiones públicas la haría reconducirse a los cauces naturales de su desarrollo.

Pero busquemos respuesta a las preguntas fundamentales: ¿Qué lengua debo estudiar? ¿Cuándo debo aprenderla? ¿Cómo mantenerla viva?

La respuesta es sencilla. Debemos estudiar las lenguas que necesitamos. El inglés está en la cumbre, pero ¿nos sirve realmente para algo importante? Siempre viene bien, claro que sí... pero… ¿Nos saca realmente de algún asunto serio? ¿En algún momento de nuestra vida se presenta como imprescindible? Que nadie me diga que una vez fue a Turquía y podía haber preguntado en inglés el precio de un sombrero. Algunos programas informáticos están cerca de conseguir excelentes traducciones inmediatas del inglés al español. Y viceversa.

Tampoco parece aconsejable el exotismo. Hay padres que tienen a bien añadir el chino en la formación de sus hijos con métodos artificiales y objetivos sin definir, solo porque es la lengua más hablada del planeta. Conocer un poco de una lengua no es conocer la cultura de un pueblo. Se aprendería mucho más en un viaje, por ejemplo, que en la memorización inmotivada de signos y códigos.

El único periodo de la vida de un individuo dedicado al aprendizaje de las lenguas es, como hemos dicho, el que no supera los veinticuatro años, salvo honradas excepciones, claro está, especialmente las condicionadas por la necesidad. Una persona alcanza su punto máximo en términos de desarrollo motor y cognitivo a esa edad, después comienza un declive donde muchas otras destrezas básicas decaen, aunque otras crecen, como por ejemplo la capacidad de desenvolvernos con más eficacia.

El procedimiento aconsejable para el aprendizaje de las lenguas es, como hemos visto, el natural, quiero decir sin gramática, y con objetivo definido.

Una lengua está viva cuando se alimenta. Si no la nutrimos, si no la utilizamos, languidece, por muy bien que la hayamos aprendido. Sabemos que es importante saber inglés, pero ¿cuántas veces lo necesitamos en nuestra vida diaria aparte de algunas expresiones aisladas? Los hispanófonos, y esto parece evidente, no sabemos más inglés porque no lo necesitamos. Disponemos de una herramienta de comunicación independiente de la que nos servimos para todas las necesidades de la vida corriente sin excepción. No sería exagerado pedir a nuestros políticos que decidieran de una vez por todas utilizar el español y solo el español en sus intervenciones internacionales, incluso cuando creen tener conocimientos más o menos vivos de inglés. El uso y estudio del español está suficientemente universalizado para evitar el ridículo de nuestros respresentantes en el extranjero.

Es verdad que siempre tuvo la humanidad una lengua de referencia. Si el griego y el latín, y antes el fenicio, fueron las lenguas del Mediterráneo, se instaló más tarde el árabe, y el español, seguido del francés, hasta que el inglés empezó a inundar el planeta y subir como las mareas.

En ese panorama indiscutible, tampoco se discute que el español es una de las lenguas más importantes del mundo y de la historia; una herramienta

habilitada para ser usada sin complejos en todo momento y en todo lugar. Todas las lenguas merecen el mismo respeto, es verdad, pero la nuestra, además, posee tres características que la singularizan:

La primera es que se trata de una lengua cuyos hablantes pueden mantenerse cabalmente en el monolingüismo, y de esas hay pocas.

La segunda, que se trata de una lengua independiente, no condicionada, salvo los hablantes de español como lengua materna en Estados Unidos, que necesitan ser ambilingües con el inglés.

Y la tercera que es una lengua presentable cuya articulación y ritmo no sorprende a nadie.

Es mucha lengua el español, y es bueno que quienes la conocemos sepamos apreciarla con orgullo y confianza.

BIBLIOGRAFÍA

Bernárdez, Enrique. *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Alianza, 2004.

Calvet, Louis-Jean. *Le marché aux langues. Les effets linguistiques de la mondialisation*, Paris: Plons, 2002.

Cavalli-Sforza, Luca. *Genes, pueblos y lenguas*. Barcelona: Critica, 2004.

Del Moral, Rafael. *Diccionario de las lenguas del mundo*. Madrid: Espasa, 2002.

Historia de las lenguas hispánicas contada para incrédulos. Barcelona: Ediciones B, 2009.

----- *Breve historia de las lenguas*. Barcelona: Castalia, 2014.